

C

MARGEN IZQUIERDA DE LA RIA

PUES bien, lo que más amo es Sestao.

La plaza amplia como la palma de la mano de un ajustador.

Arboles como aprendices de torneros.

Sosegada y, a un tiempo, amenazante.

Amo Sestao de abajo arriba, entrando

desde la estación, ascendiendo

la recta cuesta de la recia calle.

Mira las cimas de las montañas, la parda mordedura

de los alemanes: "mi nombre está en la mina,

~~unido al de Agustín~~, Tiempos de lucha

interna, de remover el pecho con la excavadora

de la idea que abre galerías

ocres, donde la historia enciende su dialéctica.

Cerca, la Constructora Naval tropieza con la ría,

remacha las anchas planchas de los buques

que, riéndose de norteamérica, se deslizan hacia el

Caribe.

Cerca, cortada en frío por jornales infimos,

la Babcock Wilcox coloca sobre la mesa del Consejo de

inscrito en
tinta morada

Administración

una locomotora colosal, a punto de explotar.

Todo esto sucede día a día ^{a partir} desde el puente colgante
y, atravesando a pecho descubierto el gran horno de
fundición,

da fin en Euskalduna y, de pronto, retrocede
hasta ~~momento~~ ascender, hombre a hombre, obrero a
obrero, hombre con hombre, a la amplia plaza de
Sestao,

amenazante, sosegada, densa

de un silencio colérico que estallará de un momento
a otro.

MARGEN IZQUIERDA DE LA RÌA

Pues bien, lo que más amo es Sestao.
La plaza amplia como la palma de un ajustador.
Árboles como aprendices de torneros.
Sosegada y, a un tiempo, amenazante.
Amo Sestao. de abajo arriba, entrando
desde la estación, ascendiendo
la recta cuesta de la recia calle.
Miro las cimas de las montañas, la parda mordedura
de los alemanes: "mi nombre está en la mina",
inscrito en letra morada.

Tiempos de lucha
interna, de remover el pecho con la excavadora
de la idea que abre galerías
ocres, donde la historia enciende su dialéctica.
Cerca, la Constructora Naval tropieza con la rìa,
remacha las anchas planchas de los buques
que, riéndose de norteamérica, se deslizan hacia el Caribe.
Cerca, cortada en frío por jornales ínfimos,
la Babcock Wilcox coloca sobre la mesa del Consejo de Admi-
nistración
una locomotora colosal, a punto de explotar.
Todo esto sucede día a día a partir del puente colgante
y, atravesando a pecho descubierto el gran horno de fundición,
da fin en Euskalduna y, de pronto, retrocede
hasta ascender, hombre a hombre, obrero a obrero, hombro con
hombro, a la amplia plaza de Sestao,
amenazante, sosegada, densa
de un silencio colérico que estallará de un momento a otro.

